

El estudioso de América Latina y su literatura

En su ensayo "El destino de la Ciencia y del Arte", Tolstoi escribió lo siguiente:

La actividad científica y artística en el verdadero sentido de la palabra sólo es fecunda cuando no se le reconoce derecho alguno, sino sólo deberes. Porque ella es así, porque es de su naturaleza ser así, el género humano estima en tan alto precio esa actividad. Si, en efecto, algunos hombres son llamados para servir a los otros por medio del trabajo espiritual, ellos irán a contemplar ese trabajo como un deber, y lo cumplirán a pesar de las dificultades, de las privaciones, de los sacrificios.¹

Es en este sentido que podemos entender uno de los significados, quizás el fundamental, del concepto "literatura como misión", y que se opone radicalmente a la noción de "gratuidad" del quehacer literario, porque, desde este punto de vista, la literatura *sirve*, en el sentido de que presta un servicio a los demás hombres, ya sea para su pleno desarrollo espiritual, ya sea para el puro placer estético.

Pero, por otra parte, en el pasado se atribuyó también a la literatura una obligación más inmediata: la de contribuir al mejoramiento de la sociedad en su conjunto, la de divulgar las ideas que, de otro modo, parecerían patrimonio de círculos intelectuales restringidos, de los científicos, de los filósofos, que difícilmente tienen la posibilidad de alcanzar un público tan amplio como el del literato. Se le confió también, en el siglo XIX, la misión de fortalecer la conciencia de una nación, de enseñar y de inculcar a la sociedad normas morales, mediante su capacidad de crear tipos y personajes cuya conducta pareciera admirable o repulsiva a los lectores. Todas estas ideas, que han sido ampliamente discutidas, caben dentro del concepto de "literatura como misión".

Y a pesar de las posturas extremas, en favor ya de una "literatura comprometida" o de una literatura "gratuita", la verdad es que la idea de la misión del escritor y su compromiso con la sociedad es algo tan arraigado en nuestra cultura,

que hasta quienes defienden la autonomía del texto literario, acaban dotándolo de un carácter casi mítico, de "revelación" y de "salvación", además de que no pueden dejar de reconocer que la obra desvinculada de toda significación histórica y social, es impensable, como el lenguaje mismo. No sería disparatado suponer que aquéllos que sostienen la idea de una literatura "incontaminada", en realidad han transferido a la psique del individuo —el escritor, el poeta— la potencia reveladora y providencial que los románticos atribuían al "alma" popular. Podríamos constatar esto en las manifestaciones más extremas de la vanguardia latinoamericana. En cambio, quienes mantienen el punto de vista de que la literatura es expresión, con mayor o menor cercanía, de las circunstancias reales y concretas que vive el escritor, han acabado por asumir la tesis de que la creación literaria es, ante todo, trabajo consciente y esmerado del autor.

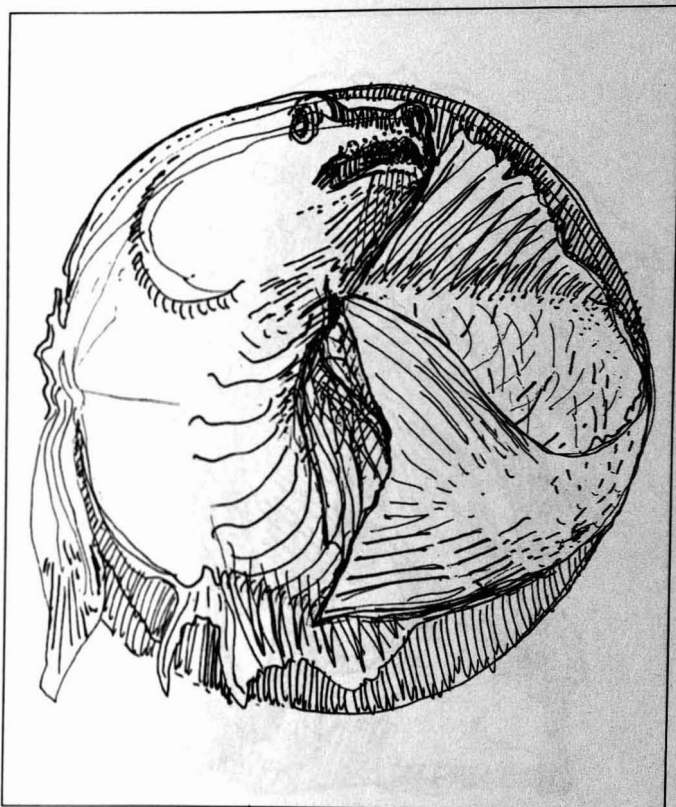
De acuerdo con esto trataremos de examinar el concepto de "literatura latinoamericana", ya que se trata de una de las tres grandes áreas que conforman el programa de la carrera de estudios latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Las otras son, como es sabido, la historia y la filosofía. Primero, ¿qué hemos entendido, tradicionalmente, por América Latina?

Tradicionalmente hemos hecho de América Latina una abstracción, es decir la hemos concebido como una entidad superior unida por valores ideales: la lengua, la religión y la cultura. Estos valores, históricos, amalgamarían a nuestros pueblos, desde el río Bravo hasta la Patagonia, constituyendo un fermento de identificaciones mutuas e identidad, de cuya promoción y desarrollo dependería el progreso material y la realización histórica de todas y cada una de estas naciones.

La realización histórica de América Latina significaría, para esa postura tradicional, potenciar los valores que, de manera providencial, estaban dados, como en estado latente o de modo embrionario, en el ser latinoamericano. De esos valores y de esa identificación mutua se desprendía, como una inclinación natural, la vocación por la libertad, la autonomía de la región frente a las potencias extranjeras, la justicia social, la igualdad, la democracia y la reivindicación de los bienes con que la naturaleza había dotado a los habitantes de estas tierras para garantizarles el bienestar y su felicidad.

¹ Cit. por Nicolau Sevcenko, *Literatura como missão. Tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. 3a. ed. São Paulo, Editora Brasiliense, 1983, p. 199.

En otras palabras, América Latina se nos representaba como un proyecto para el futuro, un sueño, una utopía. No veíamos la América Latina que tenemos, sino la América Latina que deseábamos. Y la fuerza de esta utopía era tanto más poderosa y los anhelos de alcanzarla tanto más apremiantes, cuanto más distantes a ese modelo ideal parecían las condiciones reales que se ofrecían a nuestra vista. Era como si la realidad, el estado presente de las cosas, no tuviera existencia verdadera, era apenas una etapa pasajera que, bajo su apariencia miserable, encubría el proyecto portentoso del futuro que necesariamente habría de llegar. Por ello entre más terrible fuera esa realidad presente, más cercano se veía el advenimiento del futuro promisorio. En verdad y



paradójicamente, era como si la misma pobreza, el analfabetismo, la desnutrición, la inequidad, la insalubridad y muchos otros males presentes, fueran ya el anuncio profético de los tiempos felices que pronto habrían de aparecer.

Lo que habría que resaltar en primer lugar es la idea providencialista sobre la cual se constituye la imagen tradicional de América Latina. Una idea, o "una creencia, anterior a la experiencia y por lo tanto irreductible a ésta", como diría Edmundo O'Gorman. Ser latinoamericano, se cree, es ser naturalmente bueno, como lo es adherirse, de buena fe, a los valores que sustentan ese ser, de modo que lo malo y lo que nos amenaza es el no ser latinoamericano. Es más, lo que está afuera, para ser bueno, debe pasar por el filtro de nuestro ser latinoamericano, subordinarse a nuestros propios valores o a nuestro "modo de ser". Todo tiene que hacerse "a lo latinoamericano", las soluciones políticas, las soluciones económicas, las doctrinas sociales, las corrientes

artísticas, la literatura, la prosa, la poesía. Debe adquirir carta de naturalización, de parentesco, pareciéndose a nosotros, para que no resulte amenazante. Se nos ha dado la potestad de convertir todo en un producto propio. No importa si resulta mejor o peor, si lo hacemos parecido a nosotros es bueno. La democracia, si es a lo latinoamericano, es mejor. La dictadura latinoamericana, por todo lo que tiene de picaresca, es hasta materia novelable. Se condena al dictador, pero, a veces, hasta se le convierte en producto de ficción para exportarlo, junto con nuestras frutas exóticas, nuestras canciones, nuestros pintores primitivos.

Todo esto que parece un intento de caricaturizar lo latinoamericano, en realidad no lo es. Podríamos decir que "ser latinoamericano" representa un "ufanismo". Nos ufanamos de pertenecer a esta región, a este mundo providencial, mundo mágico, en el que las soluciones son y deben ser siempre mágicas. Tenemos una inmovible confianza en que todo aquí se dará providencialmente.

Sin duda, es inquietante preguntarse cómo se constituyó históricamente esa imagen que tenemos de América Latina y de nosotros mismos. Para un historiador brasileño, Sergio Buarque de Holanda, esta visión podría ser explicada por el tipo de colonización que tuvimos y sobre todo por el carácter de revelación y de premio que significó para el español el descubrimiento de América: un paraíso regalado con que la Providencia había retribuido a la Corona española su celo por la defensa de la fe y la reconquista, en tanto que el colono sajón, con la conciencia de haber sido expulsado, tendría que descubrir y construir por sí mismo el paraíso, con su esfuerzo y su trabajo. Por eso, dice Buarque de Holanda, en sus principios el mito del paraíso en la América del Norte habría sido revolucionario, antes de convertirse, por la riqueza acumulada, en un sentimiento narcisista y defensivo, amenazado por el resto del mundo, y por lo tanto, reaccionario.²

Pero fue sobre todo en el curso del proceso colonial que los nacidos en nuestra América se vieron en la necesidad de defender y exaltar las propiedades maravillosas de esta parte del mundo con el fin de reivindicar las capacidades de los españoles aquí nacidos. Se sostuvo en Europa hasta el siglo XVIII que la naturaleza en la América septentrional era corrupta y corruptora y provocaba que las especies, incluido el hombre mismo, en lugar de desarrollarse y hacerse mejores, se degenerasen aquí. El hombre se hacía flojo, negligente, inconstante y disipado por influencia del clima y los elementos naturales. De ahí que para su defensa, y para sostener su superioridad, los criollos y mestizos se vieran precisados a reivindicar la tierra americana como el medio más fecundo y vigoroso, capaz de explicar por qué, en lugar de empequeñecerse, el hombre aquí se tornaba mejor, más sensible, creativo, más humano en fin. De este modo, el elogio y la exal-

² Cfr. Sergio Buarque de Holanda, *Visão do paraíso. Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*. São Paulo, Companhia Editora da Universidade de São Paulo, 1969. (Brasiliana, vol. 333), pp. XIV-XV.

tación de la tierra americana se convirtió no sólo en un hábito, sino en una necesidad y la literatura, ciertamente, cumplió entonces la misión de contribuir a la consolidación de esta creencia. El escritor latinoamericano sentía —y posiblemente en gran medida sigue sintiendo— que tiene el deber o que debe cumplir con esa misión, que le ha sido encomendada, de defender y propagar la idea de que esta región es la mejor del mundo y, consecuentemente, el hombre también.

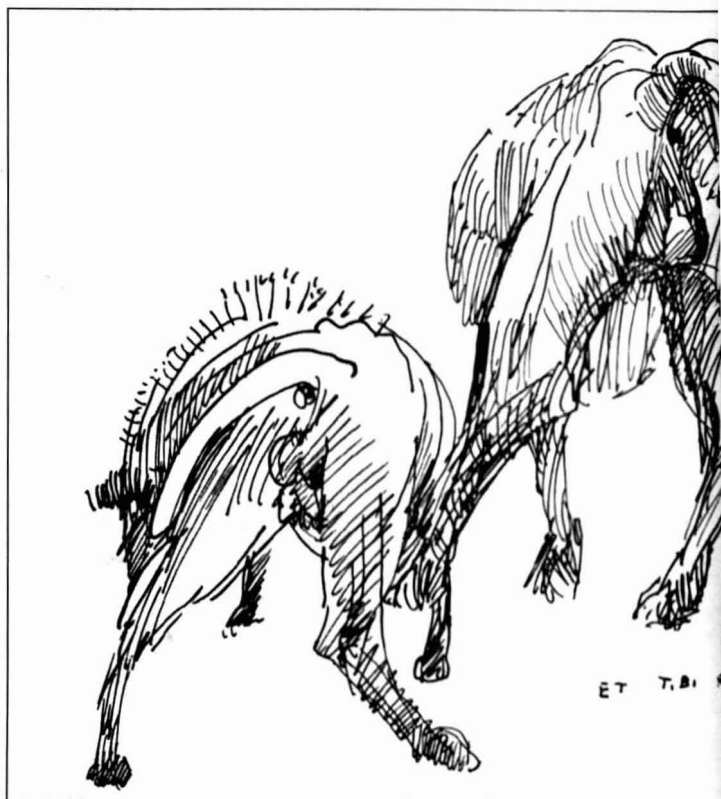
Aún en la época en que el célebre naturalista alemán Alejandro de Humboldt, tan admirado por nuestros románticos, había desacreditado “la desagradable suposición de razas humanas superiores e inferiores”, los hispanoamericanos seguían esgrimiendo los argumentos del siglo anterior sobre la superioridad de las razas, sólo que para usarlos a su favor, en contra de los viejos detractores de América. El sentimiento de patriotismo que permeaba toda la cultura hispanoamericana se había convertido ya entonces en un obstáculo para que nuestros escritores hiciesen un examen más objetivo de su verdadera realidad y sus circunstancias históricas y naturales.³

De modo que nos parecerá claro por qué el escritor latinoamericano entendió su actividad literaria como una misión que tendría que cumplir. Ahora, para hablar de literatura latinoamericana, tendríamos que pensar, primero, a partir de cuándo podemos distinguir una literatura que tenga este carácter. No se trata evidentemente de pensar en las obras aisladas de un conjunto o un corpus que pudiera recibir este nombre, sino, como decimos, en una literatura, es decir, un sistema literario, en el cual los textos sean concebidos como parte integrante de ese conjunto. En forma muy general podríamos pensar en tres grandes momentos. El primero, que cabría concebir dentro del sistema literario peninsular, correspondería a la etapa propiamente colonial, durante la cual el escritor se esforzaba por crear una literatura digna de figurar entre las obras consagradas en la Metrópoli. No pensaba, ciertamente, en que su producción pudiese ser valorada debidamente en estas tierras, sino que aspiraba a figurar en el escenario europeo. Sus lectores ideales estaban en ultramar, y debido a ello, se esforzaba por demostrar que desde este Nuevo Mundo podían crearse obras de tanto mérito como las que se producían en el viejo.

El segundo momento se daría en tiempos cercanos a la Independencia, cuando nuestros escritores empiezan ya a tener conciencia de la necesidad de crear una literatura alternativa a la europea, una literatura propia, con una historia distinta, y en una temporalidad diferente. Esta literatura tendría sus orígenes, no ya en Alfonso X el Sabio, sino en los cantos de Netzahualcóyotl. No sería ya escrita para los

lectores de la Metrópoli, sino principalmente para sus propios coterráneos, para la nueva sociedad independiente, a la cual se quería mejorar, adoctrinar, moralizar, educar. Es cuando ya propiamente podríamos hablar del surgimiento de una literatura hispanoamericana, desde luego, formada por muchas literaturas nacionales, pero entre las cuales hay ya un significativo intercambio, referencias cruzadas y sobre todo, un círculo de lectores en cada país que, aunque restringido todavía, se identifica mutuamente en la idea común de la misión que habrá de cumplir el escritor. Lo mismo Alberdi, Bello, Sarmiento, Altamirano.

Y finalmente, una etapa posterior, a partir de nuestro modernismo, en que a la idea de la misión histórica del escritor



se superpone la conciencia del valor estético como requisito fundamental de la obra literaria. Tendríamos entonces ya plenamente definida una literatura latinoamericana como sistema, en tanto que se ha constituido un corpus y una tradición no solamente en cuanto a las ideas, sino también en cuanto a la preeminencia de la forma, en la cual cada una de las obras se siente parte integrante de esa tradición, es plenamente consciente de los textos que la anteceden y que están presentes en ella misma y cuenta con un cada vez más amplio público receptor, tanto de América Latina, como de otras latitudes del mundo.⁴

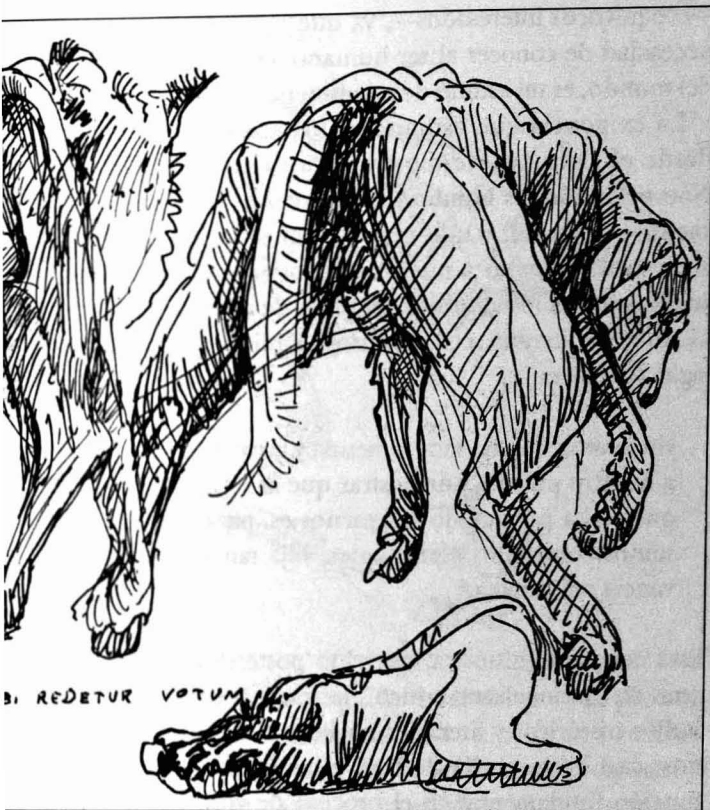
Ahora, como es sabido, el nombre de América Latina se universalizó hasta el siglo actual, y sobre todo respondió a la

³ Al respecto escribe Antonello Gerbi: “Aun en los casos en que han leído a Humboldt, estos escritores se mantienen en la atmósfera intelectual del siglo XVIII; y es siempre su patriotismo, no el nuevo espíritu científico, lo que reacciona en ellos contra las calumnias prusianas.” Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. Trad. de Antonio Alatorre. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 139.

⁴ Cfr. Antonio Cândido, “Literatura como sistema”, en *Formação da literatura brasileira (Momentos decisivos)*. Belo Horizonte, Editora Itatiaia, 1981. Vol. I, pp. 23-39.

necesidad de incluir en esta denominación a los países de lengua portuguesa y francesa, principalmente al Brasil que, por sí mismo, podría constituir un continente. El asumir este nombre por parte de los propios latinoamericanos representó una apropiación del nombre con que, en el siglo pasado, nos identificaba la política imperialista de Napoleón III. Y revertir el sentido de esta designación, para convertirla en una proclama de autonomía y en una especie de santo y seña de la lucha por la dignidad de estos pueblos, fue sin duda un logro histórico, como escribe Leopoldo Zea en su libro *Latinoamérica, Tercer Mundo*.⁵

Debemos también reconocer que la enorme difusión de la literatura latinoamericana, de los años cincuenta en ade-



lante, principalmente a partir del llamado “boom latinoamericano”, fue un factor importantísimo para la universalización del nombre y la idea de América Latina, como una región del mundo en permanente lucha por defender sus valores culturales, su identidad y su dignidad.

Ahora bien, los problemas a que debe enfrentarse el estudio de América Latina son complejos. Por un lado pervive una visión mítica de América Latina, esta idea o esta creencia que hunde sus raíces en la polémica del Nuevo Mundo, y que, de haber significado una auténtica lucha mental y espiritual por restituir su dignidad al hombre nacido o criado en estas tierras, pasó a través de los siglos a determinar conductas y actitudes mentales mediatizadoras, de vanaglorias

estériles, de discursos hiperbólicos y demagógicos, y que en el terreno de los estudios sobre América Latina se manifiesta como una incapacidad endémica para desvendar los mitos sobre los cuales está constituida esta visión, y por lo tanto para examinar con distancia crítica nuestra historia, nuestros problemas, nuestras limitaciones y también nuestros aciertos.

La otra postura, que consiste en no seguir cultivando ya la leyenda ufanística de América Latina, sino en entender que ya cumplió con su cometido histórico y que sin duda es también menester estudiarla pero, repito, con la suficiente distancia crítica, es aquella que cree que no somos mejores ni peores que los otros hombres, sino iguales, que no tenemos nada de tan especial que justifique nuestra inmovilidad, que las pirámides de Teotihuacán no nos justifican, a nosotros, ante la historia, y que la mejor forma de empezar a luchar por la dignidad de nuestros pueblos es saber, realmente, cuál es nuestra situación, cómo es realmente América Latina, qué pasa con nuestros niños, con nuestros campesinos, con las enormes poblaciones fabeladas de nuestros países, con nuestros indios, con esas culturas fuertes que perviven a pesar de la inanición a que están sometidas. Es decir la América Latina que tenemos realmente y no sólo aquella que quisiéramos tener. Pienso que el verdadero estudioso de América Latina es el que aprende a desvendar críticamente la visión mítica de la historia para aprender como ésta ha manipulado y obnubilado nuestra capacidad de comprender la verdadera realidad que tenemos.

En este sentido la literatura latinoamericana ha jugado también un papel importante. Y si nos situamos dentro del campo de la especificidad de la literatura, podremos ver que no es requisito que el autor renuncie a la misión que le atribuye Tolstoi para consagrar la cualidad estética como valor supremo del arte literario. Es más, la primera parecería condición de la segunda. Pensemos en una obra de valor permanente, *Vidas secas* del novelista brasileño Graciliano Ramos. Nos dejó un testimonio dolorosísimo de la realidad humana del noreste brasileño, pero también una poética de la pobreza y una incuestionable obra de arte. Y no estamos proponiendo que el escritor latinoamericano deba seguir este ejemplo, sino que la literatura latinoamericana ha sido también así, y que sobre estos grandes autores puede establecerse toda una genealogía. Es decir son todos aquellos escritores que han optado por asumir su verdadera condición del mundo al cual pertenecen, que lo han sentido en carne viva y que han tenido, por así decirlo, los pies sobre la tierra. Han sido, también, los más fecundos. Pensemos en Graciliano Ramos, en Rulfo, en Guimarães Rosa, en César Vallejo, en João Cabral de Melo Neto, en Neruda, para no mencionar sino apenas a algunas de las figuras señeras de esta literatura. Para ello, no hay, naturalmente, que volver a confundir la literatura, la ficción, como documento bruto de la historia, lo cual, justamente, se desprestigió hace mucho tiempo, pero, como dice el brasileño Roberto Schwarz, “en un sentido que no está suficientemente examinado, la situa-

⁵ Leopoldo Zea, *Latinoamérica, Tercer Mundo*. México, Extemporáneos, 1977. (Colección Latinoamérica, 1. En colaboración con el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.)

ción de la literatura frente a la pobreza es una cuestión estética radical".⁶

Ahora bien, ¿cómo enfrenta su trabajo hoy en día el estudioso de la literatura latinoamericana? ¿cuál es la diferencia entre un latinoamericanista latinoamericano y un latinoamericanista de otras partes del mundo? ¿cómo se vincula un estudioso de la historia o de la literatura mexicana con la historia o la literatura de América Latina?

Toda vez que el estudioso actual de América Latina se preocupa, de manera fundamental, por conocer la realidad latinoamericana, establecerá como premisa la necesidad de examinar críticamente la visión exotista que prevalece sobre la región. No se trata, simplemente, de negarla, ya que esta visión es parte también de la realidad latinoamericana, como fenómeno derivado de la propia relación colonial y producto mediatizado de la vieja vanagloria de los criollos. Desde el siglo XIX, como es sabido, la literatura exotista latinoamericana sirvió para alimentar la necesidad de pintoresquismo cultural de los lectores europeos, que nos veían como "curiosidad y rareza". No quiere esto decir que toda nuestra literatura decimonónica haya sido así. Pero sin duda una parte lo fue.⁷

Conviene, por ello, preguntarse sobre la diferencia que existe entre un estudioso latinoamericano de América Latina y un latinoamericanista extranjero a la región. Quizás el primero, por las razones apuntadas, se halle con una desventaja inicial, ya que al pensar en América Latina, como latinoamericano, necesariamente también está pensando en sí mismo. De ahí que el pensamiento latinoamericano, en gran medida, haya sido una especie de *autognosis*, como escribe Abelardo Villegas, refiriéndose al pensamiento mexicano del siglo XX.⁸ Por eso el latinoamericanista de aquí debe hacer un mayor esfuerzo de objetividad y para ello debe desarrollar su sentido de crítica y autocrítica, empujando por poner en duda todas aquellas categorías subjetivas sobre las cuales se construyó la imagen ufanística y exotista de América Latina. El estudioso extranjero de nuestra región adopta por lo común, desde el inicio, una actitud

crítica, toda vez que no es juez y parte, y sin duda debemos reconocer que estos investigadores han hecho grandes aportaciones a los estudios sobre América Latina, que con frecuencia han venido a enseñarnos a nosotros mismos aspectos antes desconocidos o mal comprendidos sobre nuestra historia y nuestra cultura. Por ello, el espíritu con el que deben trabajar hoy en día nuestros estudiosos es el de quien aspira a conocer de la mejor manera posible la verdad, despojándose para ello de todos los falsos patriotismos que impiden el verdadero avance del conocimiento. En todo caso es mejor que nosotros mismos, con trabajos serios y rigurosos, enseñemos a los demás quiénes y cómo somos. De otro modo corremos el riesgo de que sean los estudiosos de fuera quienes nos señalen nuestros errores de perspectiva —o equívocos interesados—, ya que hoy más que nunca la necesidad de conocer al ser humano, en todos los rincones del mundo, es un asunto de competencia universal.

La exigencia que asumieron los nacidos en América, desde el siglo XVI, de mostrar a los europeos que en el Nuevo Mundo los hombres eran igualmente —o superiormente— capaces, y que tuvo su punto culminante en el siglo XVIII, estimuló a nuestros historiadores y ensayistas a hacer grandes inventarios y registros de nuestra producción científica y literaria, como escribió Eguíara y Eguren, en el siglo XVIII, para

vindicar de injuria tan tremenda y atroz a nuestra patria y a nuestro pueblo, y demostrar que la infamante nota con que se ha pretendido marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan sólo de la ignorancia más supina.⁹

Esta necesidad histórica, que vino posteriormente a nutrir nuestro "nacionalismo crítico", permeó el espíritu de los estudios históricos y literarios en los países hispanoamericanos, casi hasta el día de hoy, y habiendo cumplido una función fundamental en el proceso de construcción de la cultura nacional, se convirtió luego en una limitación crítica, ya que persistió esa inclinación a exaltar nuestros valores y a no poder ver nuestras carencias. Nuestra propia historia literaria, salvo contadas y meritorias excepciones, no ha superado el criterio acumulativo y erudito, y las historias con que contamos, desde el siglo XIX, se muestran, en mayor o menor grado, renuentes a encarar los problemas teóricos que, desde entonces, ha planteado la historia literaria.

Hoy, más que los estudios de grandes panoramas, se hace necesario llevar a cabo investigaciones de fondo, a partir del planteamiento de problemas concretos y bien delimitados, sin que esto pretenda anular, de ninguna manera, la validez de los trabajos que tienen como fin registrar y ubicar el enorme cúmulo de nuestra producción literaria del pasado que, en buena medida, permanece ignorada en archivos y

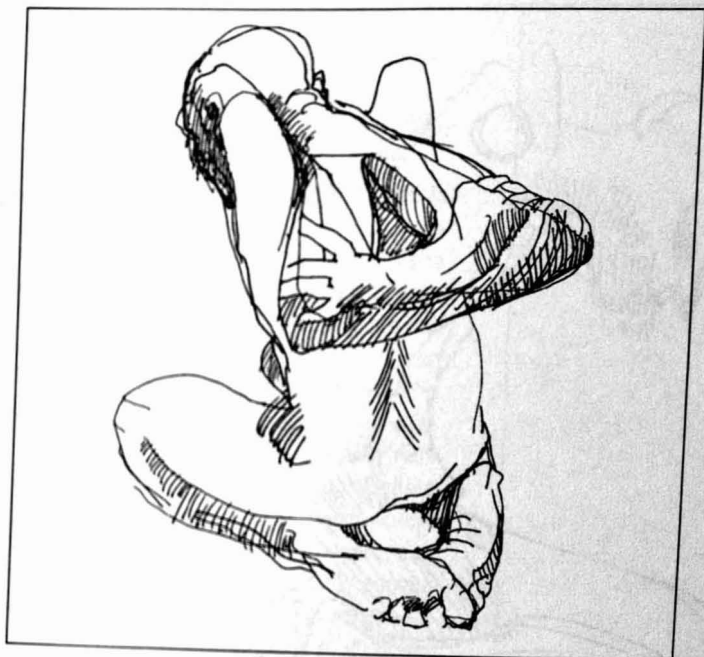
⁶ Roberto Schwarz, organizador, *Os pobres na literatura brasileira*. São Paulo, Editora Brasiliense, 1983, p. 8.

⁷ "La literatura se hizo lenguaje de celebración y ternura, favorecida por el romanticismo, con apoyo en la hipérbole y en la transformación del exotismo en estado de alma. Nuestro cielo era más azul, nuestras flores más lozanas, nuestro paisaje más inspirador que el de otros sitios —como se lee en un poema paradigma de Gonçalves Dias, que podría, sin embargo, haber sido firmado por cualquiera de sus contemporáneos de México a la Tierra del Fuego." Antonio Cándido, "Literatura y subdesarrollo", en *América Latina en su literatura*. Coordinación e introducción de César Fernández Moreno. México, Siglo XXI Editores, 1974, p. 336.

⁸ "La autognosis es algo más que la autoconciencia; el imperativo de conocernos lleva implicado el saber que somos, que existimos. El pensamiento mexicano de este siglo despliega una tarea de autoconocimiento, que se presenta incluso en aquellas corrientes que alardean de antinacionalismo. Y muchos temas aparentemente alejados de lo mexicano muestran en el fondo una vinculación orgánica con esa obsesión." Abelardo Villegas, *Autognosis, el pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985, p. 7.

⁹ Agustín Millares Carlo, *Don Juan José de Eguíara y Eguren (1695-1763) y su Bibliotheca Mexicana*, México, UNAM, 1957. (Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 17), p. 36.

bibliotecas, expuesta a sufrir pérdidas irreparables. Pero el estudioso de la historia y de la literatura no puede esperar a que todo esté registrado, como se pensó en el pasado, para finalmente estar en la posibilidad de realizar operaciones de crítica literaria e, incluso, de proponer formas de articular, desde nuevas perspectivas críticas, nuestra tradición literaria, contando con los textos conocidos hasta el momento, que son, por otro lado, los que han contribuido a formar esta tradición. Lo que no obsta, obviamente, para que otros materiales, producto de nuevos descubrimientos, puedan venir a modificar en el futuro los puntos de vista que hoy sostenemos ante los materiales conocidos, pues el criterio adoptado en una época, en este caso la nuestra, tiene siem-



pre el carácter provisorio que le da el tiempo y la posibilidad de que el día de mañana pueda modificarse radicalmente. En este sentido, con nuestras investigaciones estaremos contribuyendo a que los estudiosos del futuro tengan base más segura para realizar mejores y más justos trabajos, incluso sobre nosotros mismos.

Otro de los problemas que enfrentamos como latinoamericanistas es saber en qué momento los estudios que se realizan sobre nuestra cultura nacional —que obviamente hace parte de América Latina— pueden ser comprendidos dentro del ámbito de los estudios latinoamericanos propiamente dichos. Para un estudioso de América Latina perteneciente a otras regiones este problema parece no existir. Se convierte, por sus intereses específicos, en un mexicanista o un brasilianista, por ejemplo, o bien en un experto en ciertos aspectos generales que atañen a la América Latina en su conjunto. El estudioso nuestro, especialista en un aspecto de la historia o la cultura mexicana, no podría ser considerado latinoamericanista por esta sola razón, aunque la cultura mexicana, como resulta evidente, hace parte de la cultura latinoamericana. Parecería requisito que este estudioso pensase la historia o la cultura mexicana también en sus relacio-

nes con América Latina, o bien que se preocupase por comprender cómo los procesos o fenómenos de la cultura mexicana que estudia han ocurrido en alguno o varios de los otros países latinoamericanos. En este sentido el comparativismo moderno abre un campo fecundo para los estudios latinoamericanos, en tanto que nos permite ver con mayor claridad no sólo las semejanzas y afinidades entre los procesos históricos y culturales de los países latinoamericanos, sino, lo que es más importante, los modos peculiares con que han ocurrido en el país que constituye el objeto primario de nuestra investigación, sobre todo si se trata del nuestro propio.

Finalmente, volvamos a la cita de Tolstoi. Todas las carencias que limitan el trabajo de un estudioso mexicano de América Latina, la falta de grandes acervos como los hay en otras partes del mundo, los itinerarios penosos y llenos de dificultades para consular materiales de archivos, son éstos también los sacrificios a que se refería el gran escritor ruso. Aún así tenemos el ejemplo de grandes hombres nuestros que hacen honor a los requisitos que Tolstoi señaló a los trabajadores del espíritu. Es necesario mantener vivos esos grandes ejemplos. Sólo quiero recordar uno entre muchos, el de don Joaquín García Monge, que vivía en el barrio significativamente llamado de "Desamparados", en Costa Rica, y que con su modesto sueldo de profesor de la Escuela Normal, publicó e hizo circular por todo el continente, de 1919 a 1958, el *Repertorio Americano* que fue, como decía Alfonso Reyes, "un verdadero faro de señales en su Atenas costarricense, y desde todos los rincones de nuestra América vemos girar sus luces". Después ya en ausencia de don Joaquín, don Alfonso escribió lo siguiente:

Quando se habla de la obra de un escritor, siempre se lo ve amurallado entre torres de papel y de libros y, aunque él no lo quiera, un poco recluso dentro de su propia sustancia. Pero la obra de don Joaquín —con ser tanto el papel que consumió en ella— parece hecha a la intemperie, sin aparatos o con útiles transparentes; y desde luego, en esa límpida pobreza —la fiel compañera de los griegos, según Herodoto— que ya va siendo, en nuestra América, la característica de tantas empresas inolvidables. Yo no sé cómo se las arreglaba este hombre para construir a solas y con sus solas manos, lo que siempre, en los más encumbrados centros de la cultura contemporánea, se construye mediante numerosos equipos, inmensas dotaciones de elementos económicos y bibliográficos, colaboración de universidades e institutos, ayuda de gobiernos propios y extraños. Pero don Joaquín sólo contaba consigo mismo: Don Joaquín buceaba sin escafandra. Su obra parecía la obra de las hadas, algún encantamiento o prodigio que muy pocos han poseído y que es, en rigor, una gracia...¹⁰ ♦

¹⁰ Alfonso Reyes, "Prólogo" a la 4a. ed. de la novela *El moto* de Joaquín García Monge.